

'Doppelgänger': un viaje al mundo del espejo

BEN BURGIS :: 10/09/2024

Reseña del libro de Naomi Klein 'Doppelganger' (Macmillan, 2023). El identitarismo izquierdista actual es incoherente con el universalismo igualitario, fundamento histórico de la izquierda

Naomi no es un nombre *terriblemente* inusual. Está Naomi Watts, Naomi Campbell, Naomi Judd. Incluso hay una Naomi Biden, la nieta del presidente. Pero es lo suficientemente inusual como para que las dos escritoras políticas anglófonas más destacadas con ese nombre sean habitualmente confundidas. Y esa confusión es el punto de partida de *Doppelganger: A Trip Into the Mirror World*, de Naomi Klein.

Klein es una izquierdista de alto nivel que escribe libros enormes sobre temas como las marcas corporativas (*No logo: el poder de las marcas*), la política climática (*Esto lo cambia todo* y *En llamas*) y la economía neoliberal (*La doctrina del shock*). Es una persona seria que se guía por una visión humana e igualitaria del mundo. También es una investigadora fanáticamente meticulosa.

La Naomi con la que se confunde constantemente a Klein en Internet, Naomi Wolf, no comparte ninguna de estas virtudes. Wolf ha recorrido un largo y extraño camino desde sus comienzos como una anodina feminista liberal que trabajó como asesora en la campaña de Gore-Lieberman hasta su forma final como trastornada teórica de la conspiración y estrecha colaboradora de Steve Bannon. Y siempre ha sido una investigadora ridículamente negligente (no es de extrañar que Klein encuentre la confusión enloquecedora).

Doppelganger [vocablo alemán para definir el doble fantasmagórico o sosias malvado de una persona viva] apareció por primera vez en mi radar el verano pasado cuando Klein dio una charla para promocionarlo en la conferencia anual de *Socialism* en Chicago. Había quedado con un amigo en la charla, pero se marchó unos minutos antes de que yo llegara, explicando más tarde en el bar del hotel que la premisa le parecía efectista y ridícula.

Mi reacción fue diferente, quizá porque se marchó antes de la parte buena. Lo que oí me intrigó lo suficiente como para querer hacerme con un ejemplar del libro. Parecía que el truco de Naomi contra Naomi era un recurso literario que Klein utilizaba para plantear cuestiones mucho más interesantes sobre el «diagonalismo» político. Si el sentido en el que Wolf es el «doble» personal de Klein es relativamente superficial, hay cosas mucho más interesantes que decir sobre cómo la parte del espectro político que Wolf ha llegado a representar es un «doble» colectivo de la izquierda, una extraña versión en la sombra de esta que se apoya en muchas de sus notas retóricas características al servicio de prioridades políticas radicalmente diferentes.

Los diagonalistas son «antibélicos» --si se trata de la guerra de los demócratas en Ucrania--, pero veneran al presidente que rompió el acuerdo nuclear iraní, asesinó a Soleimani y duplicó la tasa de ataques con aviones no tripulados en Yemen. Están «a favor de la libertad

de expresión» y «en contra de la gran tecnología», pero no quieren arrebatarse las grandes plataformas tecnológicas a sus multimillonarios propietarios y convertirlas en servicios públicos. Solo quieren que los multimillonarios que les gustan dirijan el espectáculo (Menos Zuck, más Musk). Les preocupa que se despidan a la gente por decir lo que no debe, pero no quieren sindicatos más fuertes. Solo quieren quejarse de la cultura de la cancelación en los *podcasts*. Odian el «unipartidismo», pero están de acuerdo con el consenso bipartidista a favor del libre mercado.

Este «diagonalismo político» es el verdadero *doppelganger* del título del libro: un «radicalismo» anti-*establishment* que imita parte de la retórica de la izquierda, pero al servicio de la patronal y del Partido Republicano.

En esa charla en Chicago, Klein hizo hincapié en una parte importante de la tesis general del libro: que los propios fracasos de la izquierda crean ventanas para que florezca esta versión en la sombra de nuestro proyecto. En una sección de *Doppelganger* donde escribe sobre Bannon y Wolf impulsando teorías conspirativas sobre los peligros de las aplicaciones de vacunas, por ejemplo, Klein escribe:

El resultado es una dinámica preocupante, que se encuentra en el corazón de nuestra cultura *doppelganger*. En lugar de estar definida por principios aplicados de forma coherente --sobre el derecho a una plaza pública democráticamente controlada, por ejemplo, y a una información y privacidad fiables--, tenemos dos bandos políticos enfrentados que se definen a sí mismos en oposición a lo que el otro diga y haga en un momento dado. No, estos bandos no son moralmente equivalentes, pero cuanto más se centran personas como Wolf y Bannon en los temores muy reales de las grandes tecnológicas --su poder para eliminar unilateralmente la libertad de expresión, para apropiarse de nuestros datos, para convertirnos en dobles digitales--, más parecen encogerse de hombros los liberales y tratar todo el paquete de preocupaciones como cosas de locos. Una vez que «ellos» tocan un tema, parece que se vuelve extrañamente intocable para casi todos los demás. Y lo que los liberales de la corriente dominante ignoran y descuidan, esta alianza emergente deleita atención.

Fue más que extraño escuchar este tipo de reconocimiento franco del apego de la izquierda a las narrativas liberales simplistas en un salón de baile lleno de socialistas que llevaban tapabocas porque no se permitía a nadie entrar en la sala sin uno.

Hacía ya años que la mayoría de los estadounidenses no sentían la necesidad de enmascararse cada vez que se encontraban con extraños en un lugar cerrado. Me sorprendería que más de una pequeña parte de ese público siguiera llevando máscaras en su vida cotidiana en agosto de 2023. Al igual que los reconocimientos de tierra y los largos rituales de pronombres con los que comienzan algunas reuniones progresistas, el objetivo principal de este tipo de maximalismo anacrónico pandémico es demostrar que todos los presentes tienen todas las actitudes correctas hacia cada una de las cuestiones por las que liberales y conservadores están en guerra cultural en un momento dado. «No puedes venir a nuestra reunión si no llevas una prenda incómoda que, por lo demás, no te has puesto en años» es una forma bastante clara de asegurarte de que no atraes a personas que podrían sentirse tentadas por el canto de sirena del *doppelganger*-populismo bannonita.

Aun así, lo que Klein estaba diciendo me sonó como un eco parcial del tipo de crítica intraizquierdista que excéntricos como yo hemos estado impulsando durante mucho tiempo. Las muchas patologías del liberalismo de izquierdas estadounidense contemporáneo, que a menudo son reproducidas por lo que se hace pasar por una izquierda socialista, crean una oportunidad para que personas que deberían estar en nuestro bando se pasen a la derecha. Viniendo de una figura con la prominencia y las credenciales de izquierda de Klein, incluso un eco parcial es significativo.

Pero también importa la parcialidad de la crítica. Klein acierta en muchas cosas en *Doppelganger*. El problema es que su interpretación de esos «valores humanos y igualitarios» por los que la elogí anteriormente la lleva a afirmar cada clemencia de la política de identidad radical-liberal. La idea básica que se le escapa es que esto también es uno de los mundos-espejo.

Historia de dos Naomis

Uno de los momentos más divertidos del libro sucede al principio. Klein se encuentra en Manhattan con motivo de las protestas de Occupy Wall Street en 2011. Oye a dos mujeres en el fregadero hablando de cómo no pueden creer lo que Naomi Klein escribió sobre la protesta. Se queda paralizada, «rememorando a todas las chicas crueles del instituto, ya humillada». Entonces se da cuenta de que están hablando de Naomi Wolf.

En la época de Occupy, el largo arco de la evolución política de Wolf se había acercado lo más posible a la intersección con el izquierdismo directo de Klein. La consultoría de la campaña de Gore-Lieberman era un recuerdo lejano. Ahora, era una apasionada defensora de Julian Assange, a quien el vicepresidente Biden había acusado infamemente de «terrorista tecnológico». El compromiso de Wolf con las libertades civiles se correspondía con su simpatía hacia los manifestantes de Zuccotti Park, pero no por ello dejaba de haber indicios de adónde iría a parar. La paranoia y el enfoque de «elige tu propia aventura» de la realidad que Wolf muestra cada vez que aparece en *War Room* de Steve Bannon ya estaban presentes en sus histéricas advertencias de que las medidas enérgicas contra Occupy mostraban que Estados Unidos estaba a punto de convertirse en un estado policial.

Nueve años después, la pandemia convirtió a Wolf de comentarista conspiracionista pero vagamente de izquierdas a «diagonalista» por excelencia. Había perdido gran parte de la credibilidad que le quedaba entre la corriente liberal tras su grave interpretación errónea de las pruebas judiciales en un libro de 2019, y había quemado el resto con su respuesta ultraconspiracionista a la pandemia. No era solo el tipo de teórica de la conspiración que creía que el COVID se había originado en un laboratorio (lo que incluso podría ser cierto) o que fue liberado intencionadamente como arma biológica antioccidental (lo que definitivamente es falso). Era de las que especulaba con vacunas que transportaban nanopartículas que viajaban en el tiempo. Dijo que los niños que llevaban mascarillas habían perdido la capacidad de sonreír, y que las vacunas eran una «plataforma de *software* que puede experimentar *uploads*».

Incluso en su fase más izquierdista, Wolf nunca se había basado ideológicamente en una visión del mundo que le diera una idea clara de los problemas fundamentales de la sociedad en la que vivía. Más allá de la línea de base feminista sobre los injustos cánones de belleza,

la necesidad de que las mujeres sean más firmes, etc., la visión del mundo de Wolf parece haber empezado y terminado con «los gobiernos pueden ser malos, aterradores y autoritarios».

Pensaba que la respuesta de los gobiernos de todo el mundo a la pandemia no era solo el resultado de instituciones que tanteaban en la oscuridad mientras intentaban averiguar cómo paliar los daños de una crisis sanitaria sin precedentes basada en información científica en constante cambio, sino una «plandemia» diseñada para empoderar al mismo estado policial que le preocupaba en 2011. Este análisis le hizo perder los amigos que le quedaban en la amplia izquierda y, como muchas personas que sufren transformaciones similares, empezó a empaparse de la visión del mundo de las personas que aún estaban dispuestas a hablar con ella. Antes de que se diera cuenta, era una fija en *War Room*, alguien con quien siempre se podía contar para decir «Como feminista liberal, nunca pensé que diría esto, pero...».

Todo esto resultaba enloquecedor para la otra Naomi, a la que los curiosos confundían constantemente con ella. Más allá de su nombre de pila común, las coincidencias aumentaban. Ambas tienen «el pelo castaño claro que a veces se vuelve rubio con la luz». Ambas mantenían relaciones sentimentales con productores de cine llamados Avram. Y luego, por supuesto, había un sentido en el que la tontería «plandémica» de Wolf rimaba con la tendencia muy real de las instituciones capitalistas rapaces a explotar las emergencias para hacer tragar ideas impopulares a sus poblaciones, algo sobre lo que Klein había escrito en *La doctrina del shock*. La primera no es un ejemplo de la segunda, pero es diagonal a ella. Para los observadores ocasionales es demasiado fácil confundir ambas cosas.

Pipikismo

Lo mejor y lo peor de *Doppelganger* es que Klein lanza una red muy amplia. Mezcla y combina fragmentos de memorias con lecciones de historia y análisis político, abarcando desde los cuentos de hadas sobre dobles hasta las tramas de películas que implican dobles identidades o identidades equivocadas, pasando por la deriva hacia la derecha de las personas influyentes en el mundo del 'fitness' o el tratamiento de los niños autistas en el Tercer Reich. Casi todo puede entenderse como una «sombra» o un «espejo» de casi cualquier otra cosa si se mira desde el ángulo adecuado, y algunas de estas expediciones literarias e históricas encajan mejor que otras en los temas centrales de Klein.

Una de las sorpresas más agradables fue su extenso análisis de mi novelista favorito. Philip Roth no es muy apreciado últimamente por los comentaristas de izquierdas, y Klein reconoce que tiene sentimientos encontrados sobre él y su obra. Ensayo la habitual acusación de sexismo, y admite además que sus anteriores intentos de leer la obra de Roth se habían sentido «menos como ficción que como visitas tensas al ala de Nueva Jersey» de la propia familia de Klein. Pero está claro que le encantó la novela de Roth *Operación Shylock*, con el tema del doble, y con frecuencia la utiliza como punto de referencia cuando explora el mundo espejo de la derecha «diagonalista».

En la novela de Roth, el protagonista («Philip Roth») intenta localizar a un suplantador que también se hace llamar «Philip Roth». El falso Philip utiliza el nombre del novelista para dar

discursos en los que defiende el «diasporismo», la extraña idea de que los judíos israelíes deberían trasladarse en masa a los países donde vivían sus antepasados antes de que los colonos sionistas llegaran a lo que se convertiría en Israel. Esto es un desastre para el «verdadero» Roth (el protagonista), entre otras cosas porque esta idea va en diagonal con -- y es un poco caricatura de-- algunos de sus propios sentimientos genuinamente encontrados sobre el sionismo y la defensa de la vida judía diaspórica. Como resume Klein,

En *Operación Shylock*, el Roth real intenta ejercer algún tipo de control sobre su «absurdo apoderado» negándose a llamarlo por el nombre que comparten y rebautizándolo como Moishe Pipik --«pipik» es el diminutivo general que se daba a los niños traviesos y a los personajes de tipo *schlemiel* en la casa de su infancia; el nombre significa literalmente «Moisés ombligo» (apropiado para todo este ombliguismo).

El problema es que el «pipikismo» --término empleado por el Roth real en la novela para referirse a «la fuerza antritrágica que todo lo intrascendencia, todo lo caricaturiza, todo lo trivializa, todo lo superficializa»-- no deja de ser enloquecedor pese a lo ridículo de su nombre. Klein reflexiona:

¿Es posible escapar de un rayo tractor como el *pipikismo*? Una vez que una idea ha sido «pipikizada», ¿puede volver a ser seria? Este es, en cierto sentido, el problema con todos los payasos monstruosos que han remodelado la política moderna en los últimos años: Trump en Estados Unidos, Boris Johnson en el Reino Unido, Rodrigo Duterte en Filipinas. Y luego está Putin, que se presenta a sí mismo como un narrador de la verdad mundial sobre los crímenes del colonialismo occidental y un defensor de las tradiciones antimperialistas y antifascistas: Putin como *pipik*. Estas figuras difunden el *pipikismo* allá donde van. Y no solo ridiculiza lo que dicen; ridiculiza lo que muchos de nosotros estamos dispuestos y somos capaces de decir después.

Todo esto me parece exactamente correcto. El supuesto populismo de los Trumps, los Johnsons y los Dutertes no solo es terrible en sí mismo, sino que también ridiculiza los impulsos políticos genuinamente populares y antielitistas que pueden conducir a ideas socialistas. Alguien como Putin, que dice algunas verdades sobre el imperialismo occidental y se presenta como antimperialista mientras lleva a cabo su propia y brutal guerra imperial, hace más difícil presentar un mensaje genuinamente antibelicista sin ser confundido (intencionadamente o no) con un putinista. Son problemas muy reales.

Pero la contradicción central de *Doppelganger* es que Klein no quiere o no puede ver que el *pipiking* de los temas de izquierda no es solo un fenómeno de la derecha.

¿Es Naomi Klein una «colona»?

Uno de los mejores capítulos del libro trata sobre Israel/Palestina y el rechazo directo de Klein al proyecto sionista. Aborrece con razón la violencia y la opresión que ejerce el Estado israelí contra la población palestina no ciudadana y se opone con razón a la sugerencia de que su identidad judía la lleve a hacer apología de esta forma de apartheid. Incluso reconoce el mérito de su sombra, Naomi, por haber adoptado una postura valiente contra el bombardeo israelí de Gaza en 2014 (estoy bastante seguro de que Naomi Wolf no ha repetido esa postura tras el 7 de octubre).

Esto suena como una entrada más en la lista de posiciones igualitarias dignas de crédito de Klein --y ciertamente lo es--, pero lo que me resulta particularmente interesante es que fundamenta su rechazo del sionismo en una exploración de la historia del radicalismo judío. En un pasaje típicamente agudo, reconoce un grano de verdad en los tropos antisemitas sobre el «judeo-bolchevismo». Es cierto que muchos de los primeros líderes del socialismo eran judíos (León Trotsky, Emma Goldman, Rosa Luxemburgo, incluso Karl Marx procedía de una familia judía laica que había pasado recientemente por el trámite de convertirse al luteranismo para eludir la discriminación legal). Un fascista respondería a esta lista con un «¡Ves, te lo dije!». Como alternativa, escribe Klein, se podría recurrir a una de las «halagadoras historias izquierdistas» con las que ella misma creció: que los judíos, al haber sido objeto de tanta opresión, estaban más motivados para combatir la opresión de otras personas. Pero sugiere una interesante tercera opción:

(...) que el interés judío por el aspecto teórico de lo que ahora llamamos marxismo --con sus explicaciones y análisis científicos y exhaustivos del capitalismo global-- es un intento de competir con las teorías de la conspiración que han perseguido a nuestro pueblo a lo largo de los siglos.

En otras palabras, no se trata de judíos con nariz de gancho que estafan a los *goyim* trabajadores. Se trata de estructuras económicas que, al margen de la subjetividad de las personas que se encuentran en ellas, están orientadas a «extraer la máxima riqueza de los trabajadores». Destaca la labor del sindicato judío en la Rusia zarista:

Uno de los principios fundamentales del Bund era el *doi'kavt*, o «heredad», la idea de que los judíos pertenecían al lugar donde vivían, en lo que se conocía como «el pálido asentamiento», y debían luchar por mayores derechos y mayor justicia como judíos y como trabajadores, junto a los miembros no judíos de su clase. No debían depositar sus esperanzas en una patria judía lejana, como los primeros sionistas habían empezado a argumentar en el mismo periodo. Tampoco deberían tener que huir a Norteamérica, como ya se habían visto obligados a hacer cientos de miles de judíos alemanes y de Europa del Este. *Doi'kavt* proclamó que los bundistas se quedarían aquí y mejorarían la situación.

Este es un gran material. Pero encaja de forma muy extraña con otra sección del libro en la que analiza las consecuencias del descubrimiento de pruebas de fosas comunes en los emplazamientos de los antiguos «internados» canadienses para niños nativos. Según ella, los canadienses «cavaron más hondo que nunca» durante las últimas décadas. De esta «excavación nacional» habla con entusiasmo:

En lugar de las efemérides y la exaltación de los mitos nacionales y las historias oficiales, parecía que se estaba formando una idea sólida sobre dónde vivimos y cómo esta tierra llegó a estar a disposición de los colonos como yo, y lo que podría hacer falta para ser por fin buenos huéspedes y vecinos...

La premisa de que el despojo de los nativos por los primeros colonos europeos fue algo terrible --una grave violación de los derechos que todos los seres humanos deberían tener-- es ciertamente correcta. También es cierto que varias formas de discriminación continuaron mucho después del asentamiento inicial, y que cualquier historia de este tipo tiende a arrastrar un rastro de continuas disparidades materiales a su paso.

Pero Naomi Klein ni siquiera desciende de nadie que pudiera calificarse sanamente de «colono» de Canadá. Según tengo entendido, sus padres emigraron de Estados Unidos a Canadá para que su padre pudiera evitar ser reclutado y enviado a Vietnam. La autoidentificación de Klein («colonos como yo») es un excelente ejemplo de cómo la política de identidad convierte en estúpidas a personas por lo demás muy inteligentes. Más allá de eso, sin embargo, hay aquí una contradicción que debería ser visible desde el espacio. Los judíos de la Rusia zarista «pertenecían al lugar donde vivían», pero la familia Klein aparentemente no «perteneces» a Canadá. Solo son «invitados» del grupo étnico con derecho a estar allí por una conexión adecuada de sangre y tierra con el territorio.

Si usted llamara «huéspedes» a una familia de inmigrantes guatemaltecos que se han naturalizado ciudadanos canadienses la semana pasada, en lugar de miembros de pleno derecho de la sociedad canadiense, porque sus antepasados no vivieron allí hace cien años, Naomi Klein presumiblemente le llamaría fascista. Entonces, ¿cómo es que alguien como ella, que *nació en Canadá*, es sin embargo una «invitada» porque es blanca y sus antepasados no vivían allí antes de la primera oleada de colonización europea? Y ahora que lo pienso, ¿por qué no es sionista? Al fin y al cabo, ¿no serían los judíos meros «invitados» en todas partes de la diáspora, siempre teniendo que preocuparse por mantener la cordialidad frente a los diversos grupos de gentiles que realmente *pertenecen* a sus diversas tierras ancestrales?

Esto es más que un simple ejemplo de una pensadora muy cuidadosa, tan convencida de que tiene la obligación moral y política de marcar todas las casillas identitarias que cae temporalmente en la incoherencia. También dice algo sobre por qué exactamente este tipo de identitarismo es tan radicalmente incoherente con el universalismo cosmopolita e igualitario que históricamente ha constituido el fundamento normativo de la izquierda socialista y que informa a fondo las mejores partes del propio trabajo de Klein.

No todos los radicalismos son iguales

Las políticas de identidad giran en torno a muchos polos --género, sexualidad, discapacidad, etc.--, pero para simplificar, vamos a ceñirnos al caso central de la identidad racial. En su crítica a Wolf, Klein reprocha a su doble --incluso en una fase anterior y mucho más sana de los comentarios de Wolf-- que promueva una versión del feminismo que no esté «vinculada con el antimperialismo, el antirracismo y el socialismo». Pero, ¿qué significa exactamente «antirracismo» en este caso?

El propio «racismo» tiene al menos dos significados. Puede emplearse en su sentido más popular, como prejuicio racial, o en un sentido «institucional» o «estructural» que gira en torno a las disparidades materiales entre las diferentes poblaciones. Ambos son fenómenos reales.

Entonces, ¿qué es el «antirracismo»? Si es el compromiso de no expresar ni tolerar interpersonalmente la expresión de prejuicios raciales, el «antirracismo» es, por supuesto, algo loable. Si significa apoyar leyes antidiscriminatorias o asegurarse de que nadie susceptible de actuar de forma racialmente prejuiciosa sea elevado a una posición de poder, entonces cualquiera que se preocupe por los valores igualitarios básicos debería ser obviamente un «antirracista».

El problema --y no es menor-- es que en boca de la gente a la que he estado llamando «identitarios», o a la que podríamos llamar menos polisilábicamente «woke», «antirracismo» ha pasado a designar otra cosa. Significa, para empezar, un análisis de la sociedad contemporánea que clasifica colectivamente a los blancos como «opresores» y a los miembros de grupos disparmente desfavorecidos como «oprimidos». En la medida en que este análisis está vinculado a algún tipo de visión concreta de cómo sería la victoria sobre el racismo, es la superación de la disparidad intergrupala.

En su crítica a la versión del feminismo de Wolf, Klein vincula casualmente el «antirracismo» con el «socialismo», pero este tipo de identitarismo racial realmente es profundamente incoherente con una visión socialista del mundo.

Históricamente, la izquierda ha insistido en que los blancos de clase trabajadora no se benefician del racismo. En el discurso de Martin Luther King Jr. al final de la marcha de Selma a Montgomery, por ejemplo, habló de cómo con las leyes Jim Crow la clase dirigente demócrata del Sur había convencido a los blancos pobres de que eran superiores a los negros, pese a sus penurias. En otras palabras, el Dr. King afirmaba que a los blancos pobres de la región se les había vendido un falso sentimiento de identificación con el poder para impedir que persiguieran sus verdaderos intereses, lo que les habría colocado en el mismo bando que el sector negro de la clase trabajadora.

Los identitarios raciales contemporáneos, por el contrario, hablan de las leyes Jim Crow como si realmente fueran algo que benefició a los blancos en general, y que tanto ellas como los prejuicios y disparidades que han perdurado desde su abolición son simplemente dos fases de un fenómeno transhistórico llamado «supremacía blanca». Plantean una especie de interminable combate histórico en jaula entre diferentes entidades colectivas raciales. Las leyes Jim Crow fueron algo que los blancos como categoría le hicieron a los negros como categoría, y lo mismo ocurre con la brutalidad policial y con la brecha de riqueza racial. A diferencia de la división entre capitalistas y trabajadores, a la que se podría poner fin expropiando a los capitalistas, no está claro cómo alguien podría salir de esta jaula en particular.

El contraste entre estas dos perspectivas se hace más vívido en una historia contada por el académico socialista Adolph Reed. En un programa de radio nacionalista negro, argumentó al presentador que no es útil utilizar la brecha de riqueza como prisma principal para pensar en la pobreza negra. Al fin y al cabo, la mayor parte de esa brecha corresponde al decil superior --entre los blancos ricos y el grupo mucho más pequeño de negros ricos-- y cerrarla no ayudaría mucho a la gran mayoría de los negros. El presentador respondió que lo importante era que los blancos tenían mucha más «riqueza colectiva» que los negros. Más tarde, Reed pidió a sus lectores que intentaran imaginar a «una enfermera blanca con mala suerte y en peligro de desahucio intentando echar mano de la riqueza colectiva de los blancos para conseguir un subsidio, o tal vez enviando un mensaje de texto a Elon Musk para que le ayude».

Quizá no se puedan tener ambas cosas

Con demasiada frecuencia, la izquierda contemporánea ha tratado de unir dos visiones del mundo incompatibles, cada una de ellas completa con análisis totalmente diferentes de lo

que significaría la justicia y cómo alcanzarla. ¿El problema es la desigualdad económica o la desigualdad económica entre las razas? ¿Deberíamos intentar asegurarnos de que los negros no tienen menos probabilidades que los blancos de carecer de poder en el lugar de trabajo o de luchar por satisfacer sus necesidades materiales, o son el lugar de trabajo y el poder material cosas a las que todos los seres humanos tienen derecho? ¿La pobreza está *injustamente distribuida* o es simplemente injusta? Y en la búsqueda de una sociedad mejor, ¿son los diferentes segmentos raciales de la clase trabajadora enemigos naturales o compañeros de armas naturales?

Uno de los problemas es que muchos socialistas contemporáneos forman su política en entornos académicos y mediáticos dominados mayoritariamente por diversas formas de liberalismo de izquierdas. En un entorno así, si dices el tipo de cosas que acabo de decir, te acusarán de «reduccionismo de clase», el pecado de no preocuparte por la «raza» y factores similares además del de «clase» y, por tanto, de no cumplir con tu deber de combatir tu propia opresión interiorizada y convertirte en un «aliado» antirracista. Deseosos de evitar esto, muchos izquierdistas intentarán encontrar alguna forma intelectualizada de cuadrar el círculo y afirmar, como hace Klein, que aceptan tanto el «socialismo» como el «antirracismo», ya que este último concepto nos ha llegado de los intelectuales liberales (a algunas personas interesadas en desarrollar una versión de esta síntesis con más sabor a Marx les resulta útil lanzar mucho la palabra «dialéctica», para que las cosas que suenan como incoherencias puedan reconocerse como profundidades).

La difunta bell hooks, por ejemplo, es una de las cuatro personas nombradas en la dedicatoria «In Memoriam» al principio de *Doppelganger*, junto con los escritores socialistas Mike Davis, Leo Panitch y Barbara Ehrenreich. La profesora hooks popularizó la larga frase compuesta «imperialista-blanco-supremacista-capitalista-patriarcado» como su nombre para el origen de todo lo que nos aflige. La inclusión de «capitalista» confiere a toda la expresión un matiz radical, pero es difícil evitar la impresión de que la oposición al capitalismo es algo secundario en esta combinación.

Y todo esto, me parece, es una ilustración perfecta de la propia tesis de Klein de que los fracasos y estupideces de la izquierda crean espacio para que fuerzas mucho más desagradables ganen tracción. En la medida en que la tribu reunida en esa conferencia sobre el socialismo en Chicago se una a los liberales de la corriente dominante para decir a las personas cuyos intereses económicos se alinean con el proyecto de la izquierda que nacieron opresores, que por lo tanto necesitan cuestionar constantemente sus propios impulsos privilegiados y que deben respetar a los que nacieron oprimidos, no debería sorprendernos que la reacción sea poner los ojos en blanco y desentenderse. El gusto por la automortificación es relativamente minoritario. En cambio, el mensaje de Steve Bannon -- que en realidad son estadounidenses trabajadores cuya precariedad económica es un síntoma de las maquinaciones de los «globalistas»-- parece mucho más atractivo.

Aunque Klein es un poco promiscua en su uso de la palabra «fascismo» para describir cualquier cosa de derechas y desagradable, es razonable preocuparse de que las consecuencias a largo plazo del particularismo militante puedan crear espacio para fuerzas significativamente peores que la forma actual de diagonalismo Bannon/Wolf. Como dice crudamente mi amigo Kuba: «Puede ser una mala idea a largo plazo animar a los blancos a

pasar tanto tiempo pensando en ser blancos».

Puede que estas preocupaciones estratégicas no te inquieten. Creo que deberían. Pero en un nivel intelectual básico, al menos deberías reconocer que la coherencia importa. La coherencia no es el «duende de las mentes pequeñas». Si dices dos cosas que no pueden ser ambas correctas, al menos una de ellas debe ser incorrecta.

Por mucha fricción social que pueda evitarse en las fiestas de la facultad fingiendo lo contrario, lo cierto es que las visiones del mundo pueden ser --y a menudo son-- incompatibles. Se puede ver a cada persona blanca de la nación de Canadá como un «colono», que en el mejor de los casos puede someterse a una reforma moral y convertirse en un mejor «huésped» de la población nativa --siempre escuchando, siempre aprendiendo, siempre preocupado de que su privilegio pueda estar deformando sus juicios-- o se puede creer en la potencialidad universalista.

Puedes inclinarte por la eterna guerra cultural o puedes intentar realinear tu política en torno a la guerra de clases. Puedes ver la superación de la disparidad como tu santo grial y formar tu política en torno a ella, o puedes aspirar a la democracia económica universal y actuar en consecuencia. Sin rodeos: puedes ser socialista o liberal. Pero elige.

Jacobinlat

<https://www.lahaine.org/mundo.php/doppelganger-un-viaje-al-mundo>